

Teresa y yo fuimos amigas desde el jardín de infantes hasta séptimo grado. A mí no me importaba que ella siempre tuviera el delantal manchado de tinta o las manos sucias. Y tampoco que guardara el sándwich de salame podrido adentro del pupitre durante una semana.

Las chicas de mi clase se burlaban de Teresa porque decían que era sucia y que no se cepillaba las uñas. Yo la quería muchísimo, era mi mejor amiga. Sabía que Tere no tenía quién la cuidara tanto como a Malena, por ejemplo, que era hija única, remimada y se agrandaba por tener el pelo rubio y los ojos verdes.

El padre de Teresa había muerto y su mujer se había quedado a cargo de una familia de catorce hijos. Algunos ya estaban casados y eran de la edad de mi papá, otros estudiaban en la universidad y vivían solos, y Marcos y Mario, los mellizos, tenían ocho años. En una época hasta habían tenido perro: un ovejero que la abuela adoraba

como a un hijo. Pero el animal se puso rabioso y ella tuvo que llevárselo para sacrificarlo.

Tere, su madre y sus hermanos vivían con la abuela en su casa de la calle Cerviño. Era muy divertido ir a jugar a lo de mi amiga porque ahí nadie te molestaba. Podías hacer lo que se te diera la gana. La abuela sufría de asma y la mamá andaba corriendo con las compras, los deberes de los más chicos, y atendía los pedidos de una parroquia de Palermo donde ella colaboraba. Marta, la mucama, estaba con los Iribarne desde hacía más de treinta años, y Tere la quería como a una segunda madre.

En la calle Cerviño, la familia tenía tres pisos muy antiguos, unidos por escaleras, llenos de escondites secretos para explorar. En el último, donde vivía la abuela de Tere (aunque, en realidad, todo el edificio era de ella), había un salón enorme con mesas, escritorios y una pared entera de biblioteca. Allí estudiaban los tres hermanos y las dos hermanas mayores para que los menores no los interrumpieran.

Nosotras corríamos por los pasillos y nos escondíamos en el living repleto de muebles. Había sofás con respaldos altos, donde te podías acurrucar sin que te vieran, biombos chinos, estatuas como las de las plazas, y hasta un pavo real y

varios pájaros embalsamados. Teníamos permiso para recorrer todos los pisos, jugar donde se nos ocurriera, menos en uno.

El último cuarto quedaba bien al fondo, a continuación de una *kitchenette* refaccionada por la abuela: dos hornallas sobre un mueble de madera y un horno empotrado en la pared. Para llegar a la cocina había que atravesar un patio interno y oscuro que comunicaba con un pasillo.

Un día pasé por la puerta del último cuarto. Yo buscaba a Tere, que estaba escondida, y de repente me encontré con la abuela. Ella salía de ahí y casi nos chocamos.

—Por aquí no vengas, Manuela—me advirtió—. En esta habitación no se puede jugar. Se usa sólo para guardar mis adornos y muebles antiguos.

Nunca la había visto tan nerviosa. Casi me empujó por la cocina hasta el patio y cerró de un golpe la puerta de vidrio que daba al pasillo.

Cuando encontré a Teresa, detrás de un reloj de pie y medio tapada por las cortinas de la ventana del living, no pude aguantar la curiosidad y le pregunté:

—¿Por qué tu abuela no nos deja entrar ahí?

—¡Qué te importa el último cuarto! Si tenemos tres pisos enteros para escondernos. Ahí

la abuela guarda sus cosas: muebles, espejos, y esos jarrones y adornos de porcelana que se rompen sólo de mirarlos.

Pero yo estaba intrigada; me hubiera gustado ver ese lugar prohibido que, desde ese día, imaginé lleno de tesoros ocultos.

A mediados de ese año, yo seguía visitando a Tere casi todos los fines de semana en su casa de tres pisos. Con ella me olvidaba de lo aburrido que era tener sólo un hermano varón dos años menor que yo; Fede me peleaba todo el día y no hacía otra cosa que patear la pelota.

Poco antes de comenzar las vacaciones de julio, mamá me explicó que ella y papá tenían que ausentarse las dos semanas.

—El tío Nardo no está bien y tu padre quiere hacerle una visita. Pensé que a ustedes no les importaría acompañarnos —tanteó.

El tío Nardo era un viejo solterón maniático, hermano de mi abuela, que casi había criado a papá. Mendocino, como toda mi familia paterna, vivía en San Rafael desde la muerte de mi abuela. Me acordaba muy bien de la última visita al pueblo... ¡un aburrimiento total! Nardo no me dejaba mover ni tocar nada porque la casa estaba llena de piezas de museo valuadas (según él) en miles

de dólares. En esa época, Fede era un bebé y se la pasaba durmiendo en su coche, pero yo tenía que quedarme callada y quieta escuchando lo que hablaban los grandes. Ni siquiera tenía una prima de mi edad. Una vez quise jugar con la hija de la cocinera y Nardo me prohibió que le diera “esa confianza”.

Papá lo querría mucho... pero que estuviera enfermo no era mi culpa. ¡Y no quería pasar ahí mis vacaciones!

—Mamá, ¿por qué no te llevas a Fede? Yo ya soy grande, puedo ir unos días a lo de Teresa. Ella siempre me invita. Estas dos semanas los hermanos mayores no van a estar; sólo Tere y los mellizos. Con semejante casa, les sobra lugar.

Al día siguiente, mamá habló con la madre de Tere y quedó todo arreglado.

Cuando entré, me di cuenta enseguida de que pasaba algo malo. Mi amiga tenía la cara larga y ni ganas de jugar. Al rato, me explicó:

—Mamá está muy preocupada porque la abuela no anda bien. Recién se fueron las dos a la clínica para que le hicieran unos estudios. Me pidió que nos quedáramos en el cuarto hasta que volvieran, así no hacíamos lío.

Sacamos todas las cajas de juegos que ella tenía y nos sentamos a acomodar las fichas en el piso. Después de unos partidos, y como era ella la que ganaba en todos, mi amiga se fue animando.

—A la abuela siempre le ataca el asma en esta época del año, y a los quince días se le cura. Si no despertamos de la siesta a los melli, podríamos escondernos entre los muebles, las estatuas y los sillones del tercer piso.

—¡Buenísimo!

Metimos todas las cajas debajo de la cama y subimos en puntas de pie las escaleras.

Media hora después, yo no la podía encontrar a Tere por ningún lado. “A lo mejor se escondió en el último cuarto”, pensé. “Como la abuela no está...” En realidad, yo quería que estuviera ahí para entrar en la habitación que tanto me intrigaba.

Como no vi a Teresa en el corredor, en el patio ni en la cocina, caminé derecho hacia el fondo. De pronto, un sonido me detuvo frente a la puerta del último cuarto. Era como si alguien se arrastrara por el piso.

“Es Teresa que tropezó con un mueble”, pensé. Pegué el oído a la puerta, y esta vez me pareció oír un quejido. Me asusté. “A lo mejor se le rompió algún espejo, o un adorno de porcelana, y está lastimada. ¿Y si se clavó algún vidrio?”. Probé

el picaporte, pero la puerta estaba con llave. “Se encerró, ¡qué tonta!”. De nuevo me pareció oír más quejidos de dolor, como si mi amiga se hubiera quedado atrapada entre los muebles.

—Ya voy, Tere, no te asustes —le grité por el agujero de la cerradura—. Si podés moverte, pasame la llave por debajo de la puerta.

A los pocos segundos percibí el rumor de un cuerpo que se arrastraba, pero no asomé ninguna llave por la abertura del piso. “No puede moverse. ¡Qué lío! ¿Y si se le cayó encima uno de esos espejos enormes?”. Tan asustada estaba, que decidí ir en busca de ayuda.

—Aguantá, Tere —le grité—. Voy a llamar a Marta.

Corrí por el pasillo en busca de la muca-ma, llegué al patio... y me topé con Teresa que venía tan campante en dirección contraria.

—¿Qué te pasa, Manu? Parece que hubieras visto un fantasma.

Cuando me recuperé un poco, le conté lo sucedido en el último cuarto.

—¿Para qué fuiste ahí? ¿Marta te vio? Si la abuela se entera, se va a enojar —me dijo, preocupada.

—Para mí que había alguien en ese cuarto. Me pareció oír quejidos y movimientos en el piso.

Teresa se rió con ganas.

—Habrás descubierto al fantasma. Cuando yo era chica, Marta me contó que el espíritu del antiguo dueño, muerto hacía muchos años, iba a refugiarse en ese cuarto. Una tarde que estaba aburrida me puse a espiar por el agujero de la cerradura y también me pareció ver un bulto oscuro arrastrándose por el piso.

—Y... ¿qué hiciste?

—Salí corriendo, y por mucho tiempo soñé con el espíritu. Estaba segura de que existía. Pero ahora ya soy grande y no creo en esas pavadas.

—Y tu abuela, ¿qué te decía?

—Se enojaba mucho si le hablaba del tema. Ella nos había prohibido a todos (hasta a mamá) que fuéramos al último cuarto, donde guarda sus cosas antiguas. Y yo no fui más, por las dudas. A lo mejor es cierto que a los espíritus les gusta vagar por sus recuerdos sin que los molesten. Yo no creo en esas cosas, pero Marta y la abuela siempre lo están diciendo.

—No hablés así. ¿Quién piensa en los espíritus? Para mí que en ese cuarto se encerraron los mellizos para hacernos una broma.

—Tenés razón. ¡Son unos pavos!

Esa noche no pude dormir. Primero porque no estaba acostumbrada al colchón finito que tenía la cama gemela a la de mi amiga. Segundo, porque no hacía más que pensar en el misterio del último cuarto. Yo había escuchado el rumor de un cuerpo arrastrándose y también quejidos. ¿O lo había imaginado? En ese momento, más que nunca, sentí que la curiosidad me empujaba hacia esa habitación, que no podría irme de esa casa sin averiguar algo más sobre el fantasma real o imaginario. Porque tampoco descartaba la posibilidad de que todo hubiera sido una broma de los hermanos mellizos de Tere.

Harta de dar vueltas en la cama, a las cuatro de la mañana me levanté para ir al baño. Cuando salía, miré instintivamente hacia las escaleras. ¿Y si subiera otro piso? ¿Y si fuera al lugar prohibido? A esa hora Marcos y Mario estarían durmiendo como troncos. Si volvía a escuchar ruidos y lamentos... empezaría a creer en el espíritu.

Tiritando, crucé descalza el pasillo, el patio, y me apoyé sin hacer ruido en la puerta de la habitación. Pegué el oído a la madera y percibí, clarísimo, rumores y susurros. Luego de un silencio, oí pisadas que se acercaban. Corrí hacia el living, me agaché debajo del sillón de respaldo alto y, conteniendo el aliento, espí. Un bulto envuelto